



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Capitulo XXI. Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



CAPITULO XXI.

Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.



CUANDO estaban don Quijote y Sancho en las razones referidas en el capítulo antecedente, se oyeron grandes voces y gran ruido, y dábanlas y causábanle los de las yeguas, que con larga carrera y grita iban á recibir á los novios, que rodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones, venian acompañados del cura y de la parentela de entrambos, y de toda la gente mas lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho vió á la novia dijo : á buena fe que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega. Pardiez que segun diviso, que las patenas que habia de traer son ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos; y montas, que la guarnicion es de tiras de lienzo blanco, voto á mí que es de raso. Pues tomadme las manos adornadas con sortijas de azabache; no medre yo si no son anillos de oro y muy de oro; y empedrados con perlas blancas como una cuajada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. Oh hi de puta, y qué cabellos, que si no son postizos, no los he visto mas luengos ni mas rubios en toda mi vida. No sino ponedla tacha en el brio y en el talle, y no la compareis á una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles, que lo mismo parecen los diges que trae pendientes de los cabellos y de la garganta. Juro en mi ánima que ella es una chapada (1) moza, y que puede pasar por los bancos de Flandes (2). Rióse don Quijote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza : parecióle que fuera de su señora Dulcinea del Toboso no habia visto mujer mas hermosa jamas. Venia la hermosa Quitéria algo descolorida, y debia de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el dia venidero de sus bodas.

Ibanse acercando á un teatro que á un lado del prado estaba, adornado de alfombras y ramos, adonde se habian de hacer los desposorios, y de donde habian de mirar las danzas y las invenciones; y á la sazón que llegaban al puesto oyeron á sus espaldas grandes voces, y uno que decia, esperaos un poco, gente tan inconsiderada como pre-

(1) Esto es, gentil, gallarda y bizarra jóven. — Arr.

(2) Frase metafórica con que se espresa que alguno emprendió ó ejecutó cosas árduas. Estos bancos son unos ribazos de arena, que van formando las olas del mar, y son muy peligrosos á los navegantes. — P.

surosa. A cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza, y vieron que las daba un hombre vestido al parecer de un sayo negro, gironado de carmesí á las llamas. Venia coronado (como se vió luego) con una corona de funesto cipres, en las manos traia un baston grande. En llegando mas cerca fue conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos esperando en qué habian de parar sus voces y sus palabras: temiendo algun mal suceso de su venida en sazon semejante. Llegó en



fin cansado y sin aliento, y puesto delante de los desposados, hincando el baston en el suelo, que tenia el cuento de una punta de acero, mudada la color, puestos los

ojos en Quitéria, con voz tremente y ronca estas razones dijo: bien sabes, desconocida Quitéria, que conforme á la santa ley que profesamos, que viviendo yo, tú no puedes tomar esposo; y juntamente no ignoras que por esperar yo que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dejar de guardar el decoro que á tu honra convenia: pero tú, echando á las espaldas todas las obligaciones que debes á mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mio á otro, cuyas riquezas le sirven no solo de buena fortuna, sino de bonísima ventura: y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece sino como se la quieren dar los cielos), yo por mis manos desharé el imposible ó el inconveniente que puede estorbársela, quitándome á mí de por medio. Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quitéria largos y felices siglos, y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha, y le puso en la sepultura: y diciendo esto, asió del baston que tenia hincado en el suelo, y quedándose la mitad dél en la tierra, mostró que servia de vaina á un mediano estoque que en él se ocultaba, y puesta la que se podia llamar empuñadura en el suelo, con lijero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta á las espaldas, con la mitad de la acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado.

Acudieron luego sus amigos á favorecerle, condolidos de su miseria y lastimosa desgracia, y dejando don Quijote á Rocinante, acudió á favorecerle y le tomó en sus brazos, y halló que aun no habia espirado. Quisieronle sacar el estoque; pero el cura, que estaba presente, fue de parecer que no se le sacasen antes de confesarle, porque el sacársele y el espirar seria todo á un tiempo. Pero volviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente y desmayada dijo: si quisieses, cruel Quitéria, darme en este último y forzoso trance la mano de esposa, aun pensaria que mi temeridad tendria disculpa, pues en ella alcancé el bien de ser tuyo. El cura oyendo lo cual, le dijo; que atendiese á la salud del alma antes que á los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de veras á Dios perdon de sus pecados y de su desesperada determinacion. A lo cual replicó Basilio que en ninguna manera se confesaria, si primero Quitéria no le daba la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaria la voluntad (1) y le daria aliento para confesarse.

En oyendo don Quijote la peticion del herido en altas voces dijo que Basilio pedia una cosa muy justa y puesta en razon, y ademas muy hacadera, y que el señor Camacho quedaria tan honrado recibiendo á la señora Quitéria viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera del lado de su padre. Aquí no ha de haber mas de un *si*, que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el tálamo de estas bodas ha de ser la sepultura. Todo lo oia Camacho, y todo le tenia suspenso y confuso, sin saber qué hacer ni qué decir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiéndole que consintiese que Quitéria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese, partiendo desesperado desta vida, que le movieron y aun forzaron á decir que si Quitéria queria dársela, que él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos. Luego acudieron todos á Quitéria, y unos con ruegos, y otros con lágrimas, y otros con eficaces razones le persuadian que diese la mano al pobre Basilio; y ella mas dura que un mármol, y mas sesga (2) que una estatua, mostraba que ni sabia, ni podia, ni queria responder palabra, ni la respondiera si el cura no la dijera que se determinase presto en lo que habia de hacer, porque tenia Basilio ya el alma en los dientes (3), y no daba lugar á esperar irresolutas determinaciones.

(1) Esto es, le daria conformidad y docilidad, suavizando la pena que sentia por la pérdida de Quitéria. — Arr.

(2) Grave, inalterable, inflexible. — Arr.

(3) Con que se esplica el gran temor que padece alguno, y parece que le pone en riesgo de morir. — D. A.

Entonces la hermosa Quitéria sin responder palabra alguna, turbada al parecer, triste y pesarosa, llegó donde Basilio estaba, ya los ojos vueltos, el aliento corto y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quitéria, dando muestras de morir como gentil y no como cristiano. Llegó en fin Quitéria, y puesta de rodillas le pidió la mano por señas y no por palabras. Desencajó los ojos Basilio, y mirándola atentamente, le dijo: ¡oh Quitéria que has venido á ser piadosa á tiempo cuando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogermé por tuyo, ni para suspender el dolor que tan apriesa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte! Lo que te suplico es, oh fatal estrella mía, que la mano que me pides y quieres darme no sea por cumplimiento ni para engañarme de nuevo, sino que confieses y digas, que sin hacer fuerza á tu voluntad me la entregas y me la das como á tu legítimo esposo; pues no es razon que en un trance como este me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo.

Entre estas razones se desmayaba de modo que todos los presentes pensaban que cada desmayo se habia de llevar el alma consigo. Quitéria, toda honesta y vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dijo: ninguna fuerza fuera bastante á torcer mi voluntad; y así con la mas libre que tengo te doy la mano de legítima esposa, y recibo la tuya si es que me la das de tu libre albedrío, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto. Si doy, respondió Basilio, no turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y así me doy y me entrego por tu esposo. Y yo por tu esposa, respondió Quitéria, ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos á la sepultura. Para estar tan herido este mancebo, dijo á este punto Sancho Panza, mucho habla: háganle que se deje de requiebros, y que atienda á su alma, que á mi parecer mas la tiene en la lengua que en los dientes.



Estando pues asidos de las manos Basilio y Quitéria, el cura tierno y lloroso les echó la bendicion, y pidió al cielo diese buen paso al alma del nuevo desposado; el

cual así como recibió la bendición, con presta lijereza se levantó en pie y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, á quien servia de vaina su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos, mas simples que curiosos, en altas voces comenzaron á decir: milagro, milagro. Pero Basilio replicó: no milagro, milagro, sino industria, industria. El cura desatentado y atónito, acudió con ambas manos á tentar la herida, y halló que la cuchilla había pasado no por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañon hueco de hierro, que lleno de sangre en aquel lugar bien acomodado tenia, preparada la sangre, segun despues se supo, de modo que no se helase. Finalmente el cura y Camacho con todos los demas circunstantes se tuvieron por burlados y escarnidos. La esposa no dió muestras de pesarle de la burla, antes oyendo decir que aquel casamiento, por haber sido engañoso, no habia de ser valedero, dijo que ella le confirmaba de nuevo, de lo cual coligieron todos que de consentimiento y sabiduria de los dos se habia trazado aquel caso, de lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos, que remitieron su venganza á las manos, y desenvainando muchas espadas arremetieron á Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvainaron casi otras tantas, y tomando la delantera á caballo don Quijote con la lanza sobre el brazo, y bien cubierto de su escudo, se hacia dar lugar de todos. Sancho, á quien jamas pluguieron ni solazaron semejantes fechorias, se acogió á las tinajas donde habia sacado su agradable espuma, pareciéndole aquel lugar como sagrado, que habia de ser tenido en respeto. Don Quijote á grandes voces decia: teneos, señores, teneos, que no es razon tomeis venganza de los agravios que el amor nos hace: y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa; y así como en la guerra es cosa licita y acostumbrada usar de ardides y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y mañañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonor de la cosa amada. Quitéria era de Basilio, y Basilio de Quitéria por justa y favorable disposicion de los cielos. Camacho es rico, y podrá comprar su gusto cuando, donde y como quisiere. Basilio no tiene mas desta oveja, y no se la ha de quitar alguno por poderoso que sea, que á los dos que Dios junta no podrá separar el hombre (1): y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza: y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que le conocian.

Y tan intensamente se fijó en la imaginacion de Camacho el desden de Quitéria, que se la borró de la memoria en un instante, y así tuvieron lugar con él las persuasiones del cura, que era varon prudente y bien intencionado, con las cuales quedó Camacho y los de su parcialidad pacíficos y sosegados: en señal de lo cual volvieron las espadas á sus lugares, culpando mas á la facilidad de Quitéria, que á la industria de Basilio, haciendo discurso Camacho, que si Quitéria queria bien á Basilio doncella, tambien le quisiera casada, y que debia de dar gracias al cielo, mas por habérsela quitado, que por habérsela dado.

Consolado pues y pacífico Camacho y los de su mesnada (2), todos los de la de Basilio se sosegaron; y el rico Camacho por mostrar que no sentia la burla, ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas pasasen adelante como si realmente se desposara; pero no quisieron asistir á ellas Basilio ni su esposa ni secuaces, y así se fueron á la aldea de Basilio; que tambien los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjee y acompañe. Lleváronse consigo á don Quijote, estimándole por hombre de valor y de pelo en pecho (3). A solo

(1) En esta frase hay una alusion á la parábola que dirigió el profeta Natan á David despues del rapto de la mujer de Urias, y otra alusion á las palabras del Evangelio: *Quod Deus conjunxit, homo non separet* (S. Mat. cap. XIX).

(2) Voz anticuada, lo mismo que compañía. — Arr.

(3) De grande esfuerzo y ánimo.

Sancho se le escureció el alma por verse imposibilitado de aguardar la espléndida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche, y así asendereado y triste siguió á su señor, que con la cuadrilla de Basilio iba, y así se dejó atrás las ollas de Egipto, aunque las llevaba en el alma, cuya ya casi consumida y acabada espuma, que en el caldero llevaba, le representaba la gloria y la abundancia del bien que perdía; y así congojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del rucio siguió las huellas de Rocinante.

CAPITULO XXII.

